

# El presente y el futuro del teatro

por **Dña. Ana Diosdado**

*Conferencia pronunciada  
el 20 de mayo de 2004*

Forum Deusto



## El presente y el futuro del teatro

Ana Diosdado\*

Cuando desde aquí, de esta Universidad, hace ya meses, Javier Elzo tuvo la gentileza de proponerme que leyera una conferencia destinada a formar parte del Ciclo Arte y Sociedad, organizado por el Forum Deusto, acordamos que llevara el título de «EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL TEATRO». Parecía amplio como tema, como lo era el del Ciclo que en principio deseaba incluirlo y, por tanto, susceptible de abarcar más de una vía de reflexión al respecto. Lo acepté encantada por eso mismo, amén, cómo no, de la satisfacción de haber sido convocada para ello. Me permitiría una gran libertad a la hora de elegir y de ahorrar lo que bajo mi punto de vista, que no tenía la obligación de ser ni el más acertado, ni tampoco la fórmula infalible para que los problemas inherentes a ese presente se vieran indefectiblemente resueltos en el futuro del que también queríamos hablar, ni siquiera, por no tener obligación ninguna, la de conseguir afianzar aquello que de bueno tuviera este presente teatral en el que estamos inmersos y desde el cual abordamos esta problemática que aquí nos reúne hoy.

Dicho de modo menos alambicado y más breve, yo me prometía que me iba a resultar muy cómodo preparar esta conferencia.

---

\* ANA DIOSDADO (Buenos Aires, 1943) se inició como actriz siendo muy joven. En 1965 publicó su primera novela *En cualquier lugar, no importa cuándo*, con la que quedó finalista del Premio Planeta. Ha estrenado diversas obras de teatro y obtenido premios como El Premio Mar de Plata, el Premio Mayte, la Medalla de Oro de Valladolid y el Fastenrath de la Real Academia Española. Ha colaborado en *Diario 16* y en *ABC* y ha escrito series de gran éxito para televisión como *Anillos de Oro* y *Segunda Enseñanza*. Desde 2001 es Presidente de la Sociedad General de Autores y Editores y es miembro de la Asociación de Directores de Escena, de la Asociación de Autores de Teatro, de la Asociación Colegial de Escritores Españoles y de la Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión, manteniendo además una estrecha vinculación con el Centro Dramático Nacional, de cuyo Consejo de Lectura forma parte.

Pues no ha sido así. A la hora de ponerme a trabajar en ella ha resultado bastante más difícil, por lo compleja, por la gran cantidad de condicionantes surgidos de muy diversas procedencias que constituyen el problema —porque problema hay—. También me ha resultado, debo decirlo, más apasionante de lo que suponía, escarbar en aquello que, en definitiva, constituye mi vida, mi trabajo, mi vocación, mi entorno habitual, a veces mi frustración como profesional y, en ocasiones, tanto como profesional como en calidad de espectadora, mi satisfacción e incluso una pasajera pero intensa plenitud. El Teatro no es un oficio más, es una pasión. Y si no lo es, no es nada.

Es posible que a muchos de ustedes les estén empezando a extrañar un poco estos comentarios al inicio de lo que intenta ser una conferencia, es decir, según la enciclopedia Larousse, «una disertación en público sobre una cuestión científica, literaria, doctrinal, etc.» El diccionario de María Moliner dice aproximadamente lo mismo, algo más brevemente, y omite lo de «doctrinal» y también el «etc.» Por eso elegí la primera definición, porque precisamente en el «etc.» es donde sin duda estoy yo. Quisiera hacerles comprender que no resulta fácil verbalizar lo que nos es cotidiano ante un auditorio que no tiene por qué estar forzosamente compuesto por iniciados. No me ha resultado fácil y también he descubierto, mientras iba tomando notas y trabajando en ello, que era mentira lo que acabo de exponer hace un momento respecto a que mi punto de vista sería neutral, aséptico, utilitario quizá, pero no comprometido. No me ha sido posible, no me es posible. Pero los responsables de este Ciclo de Conferencias me han llamado a mí. Así como el interés, o la curiosidad que les ha convocado y traído hoy aquí a todos ustedes están provocados por el tema a tratar y por el hecho de que sea yo quien lo trate. Repito que ambas cosas me halagan sobremanera y que las agradezco. Pero ahora mismo ya no estoy segura de que no se hayan equivocado. Quizá... Quizá para desarrollar el contenido de este título, esta propuesta de exposición y de charla de un modo más tradicional, en suma, para opinar subjetivamente, deberían ustedes haber sentado aquí a un teatrólogo —vocablo de reciente cuño, peor que ha hecho rápidamente fortuna y adeptos—. Muchos de ellos son grandes amigos míos, así que no hay que tomar mis palabras como despectivas sino todo lo contrario. Pero ellos son estudiosos, inteligentemente fríos. Casi entomólogos. Yo, en cambio, no puedo opinar fríamente, científicamente, desde un prisma de puro pragmatismo. Yo estoy dentro del teatro, soy uno de ellos, formo parte indisoluble de ello, y, ni puedo, ni quiero ser objetiva ni neutral.

Tenía verdadero interés en que esto quedara muy claro antes de empezar a exponer ante ustedes mi ya citado punto de vista, mis sentimientos al respecto, mis preocupaciones y mi firme voluntad de pelear por el Teatro, es decir, por el Arte, es decir, por la Cultura, es decir, por las Humanidades, lo que es decir por la humanidad.

Pero como esta última aseveración podría llevarnos muy lejos —no lejos del Teatro en realidad, pero sí del tiempo del que disponemos esta tarde para estar juntos— por eso y también para tranquilizar a todos aquellos que pueden estarse impacientando ya y preguntándose «bueno, y esta señora ¿por qué no se deja de rodeos y va de una vez al grano?». Voy a ir a ello, al grano, sin más dilación. Bajo mi punto de vista, claro.

Primera cuestión, quizá la más grave:

Actualmente se está mixtificando lo que es la esencia misma del Teatro. Se le incluye, sin más, en eso que llamamos el ocio. Las Bellas Artes, y el Teatro es una de ellas, no son el ocio. «Entertainment», término anglosajón que ha venido tiñéndolo todo de una superficialidad peligrosa, y que se traduce literalmente pero con mucha exactitud por «entretenimiento», no define y, en cualquier caso, no abarca todo cuanto significan las Artes Escénicas. Por poner un ejemplo fácil, incluso facilón si ustedes quieren —no creo que nadie pudiera calificar una representación de *Las brujas de Salem* de autor anglosajón para que no haya suspicacias— como de entretenida. Y por citar otra obra del mismo autor que se representa siempre, que ha vuelto a representarse recientemente en exitosa gira por todo el Estado —me refiero a *Muerte de un viajante*, también de Arthur Miller—, ¿quién podría decir que se trata de un espectáculo muy «entretenido»? Lo que evidentemente no es ni pretender ser, claro, es aburrido; pero es que un adjetivo no es ni mucho menos el contrario del otro. Pertenecen a mundos diferentes, eso sí. O, como mínimo, a espacio muy distintos del mismo mundo. De ahí, creo yo, es de donde tenemos que rescatar al teatro. De un espacio menor, que no le corresponde.

«Entertainment», entretenerse, a mí me suena demasiado a matar con cualquier actividad innecesaria un tiempo sobrante. Pues no, no estoy de acuerdo. Me niego a aceptar que hay que acudir al teatro sólo a entretenerse un rato, con la misma fuerza con la que me niego a que se tenga que ir al teatro a aburrirse, máxime, a sabiendas, sólo por cumplir con una especie de rito social que ya ni siquiera está de moda. Ustedes me van a permitir que, plagiándome a mí misma —eso que a

veces ha dado en llamarse intertextualidad, sobre todo cuando a quien se plagia es a los demás— repita aquí algunas frases que escribí hace ya tiempo:

«La palabra Teatro evoca en muchas personas alejadas por completo de este fenómeno, decía yo más o menos, la idea de una actividad elitista, minoritaria. Ser aficionado al teatro, ir al teatro, no forma parte en general de las costumbres habituales de nuestro ciudadano medio, y se ha convertido para él, que la desconoce, en algo exótico y un tanto trasnochado.»

Hoy sólo eliminaría de este pequeño párrafo dos adjetivos: «elitista», por lo que contiene de respeto —preñado de antipatía pero respeto al fin— y también «exótico» por lo que pudiera sugerir de posible aliciente a algún profano. Me temo que seguiría conservando los otros dos: «minoritario» y «trasnochado». Esta es, hoy en día, la opinión generalizada de nuestros ciudadanos llamados de a pie, sin merma de que una gran mayoría vaya en coche e incluso algunos en su avión particular.

Esta opinión es generalizada, digo, pero es falsa. Y lo es precisamente por esa deformante y perversa actitud de considerar al teatro como un producto de consumo y nada más. Es exactamente a lo que me refiero cuando digo que el mismo problema a que se enfrenta hoy la actividad teatral es el de estarse enmascarando, mixtificando, lo que he llamado «la verdadera esencia del Teatro».

Leí en una ocasión que la UNESCO tenía catalogadas más de 250 definiciones de la palabra «cultura». La más breve decía sólo, o nada menos: «Cultura es todo aquello que no es naturaleza» —como tajante es tajante, y como breve es breve—. Es también perfectamente asimilable al teatro, siendo éste como es parte integrante y parte de gran importancia y relieve en la Cultura de los pueblos, pero tal vez nos llevase, por lo tajante, y por lo breve, a profundas disquisiciones para las que no hay tiempo hoy, ni hacen al caso. Como contrapunto a ésta, tenía también anotaciones de las que, en otro contexto, planteara, siendo Presidente del Parlamento Catalán, el señor Rigol i Roig —Joan Rigol i Roig— en una ponencia leída en Bruselas, durante uno de los coloquios anuales de la «Fundación por una Historia de la Civilización Europea». Según manifestó entonces el señor Rigol, cultura sería: «aquello que produce un espacio espiritual colectivo propio, fuera de todo planteamiento étnico, racial o religioso excluyente, a partir del cual sus miembros puedan vivir en concreto su experiencia del humanismo de alcance universal, participando desde este espacio en una de-

terminada civilización.» Esta definición sí que me gusta. Aunque sin duda es demasiado larga y, por tanto, difícil de recordar sin volverla a leer, cosa que, tranquilícense, no vamos a hacer. Y así las cosas, con esta manía que ya van ustedes descubriendo en mí de aferrarme a las definiciones de aquí y de allá para saber un poco qué terreno piso, irme dejando, como Pulgarcito, piedras de referencias para reconocer el camino, acudí una vez más a la entrañable Enciclopedia Larousse y a la primera definición que nos facilita y que define la Cultura como: «Cultivo en general, especialmente de las facultades humanas». Con ésta sí que damos absolutamente en pleno nervio de mi desasosiego, el que intento transmitirles, esa posición a lo que califico como esencia misma del teatro, puesto que el teatro es esa milenaria manifestación de la Cultura, sagrada y mágica manifestación por cierto, entrañada en la sangre, en la médula de los huesos, en el espíritu de la persona humana desde la más tierna infancia tanto del individuo como de la especie y cuya problemática nos ha reunido aquí hoy. No un simple «entertainment» para llenar de algún modo nuestras horas de ocio, sino esa atávica ceremonia que ha ido acompañándonos a lo largo de nuestra historia, la historia de la humanidad, simbolizando, sublimando, mitificando, nuestro paso, como especie, por la evolución.

«Presente y futuro del teatro». Del presente estamos hablando. El teatro, se dice, refleja, o debe hacerlo, las grandezas y las miserias de las diversas generaciones que se van sucediendo en el ejercicio y disfrute de esa actividad. Es evidente que ello engloba a las que ostentan un alcance eterno y universal. Existe un valor depreciado, peligrosamente depreciado, en nuestra sociedad actual, en la filosofía imperante que la domina, y es el perfeccionamiento interior, con toda justicia podríamos llamarlo «el progreso interior», fundamental, utilísimo, aunque no necesariamente utilitario, para ese peso más que los seres humanos necesitamos dar y que no hemos dado en miles de años. Somos los mismos. Lo que llamamos «progreso» es sólo exterior. En su interior la humanidad no ha progresado nada. Quizá no digamos exactamente las mismas cosas, o no las digamos de la misma manera, pero sí seguimos reaccionando de la misma manera, mientras que el progreso tecnológico —y me gustaría deslindar tecnológico de científico, que no es ni mucho menos lo mismo—, el progreso tecnológico, insisto, el único respetado, ha dado pasos de gigante.

Este es el mayor problema que aqueja al Teatro en su presente —como a tantas otras actividades, profesiones, vocaciones, actitudes— simplemente porque es el mayor problema que estamos viviendo día a día, el

de un giro de nuestra filosofía vital, ante la vida y permítanme la redundancia para más insistir. No hay en realidad un tipo de teatro, acotado y diferente, llamado «simbólico» —todo el teatro lo es— y simboliza eso, la vida, nuestra vida, la de los seres humanos en cada lugar y momento de su trayectoria, nos refleja a nosotros, las personas. No al sector, no a un colectivo, no al mercado, no a determinados bienes de *consumo*. No a nosotros, repito una vez más, los seres humanos, las personas.

Y les recuerdo que «persona» es un vocablo que nace en el mundo del Teatro.

Entonces ¿qué estamos contando los creadores, qué están reflejando los oficiantes de nuestra vieja ceremonia, votiva y propiciatoria, nuestros intérpretes? ¿Qué transmiten? ¿Qué trasvasan hacia ustedes, así les llamemos público o les llamemos espectadores, o les llamemos eso tan engañoso y ofensivo «audiencia»; en definitiva nuestro interlocutor, los comulgantes? ¿Sólo «entertainment»? Y eso con suerte. Pues lo estamos haciendo mal. Unos por equivocar la meta, la causa, el propósito primigenio y eterno; otros por desinteresarse y alejarse sin concederle a esta —llamémosle actividad, para no acudir siempre a las grandes palabras— el rango que tiene como alimento espiritual de su propia mejora, de su propia satisfacción artística e intelectual, como llave de tantas puertas que están dentro de nosotros mismos, puertas de conocimiento, a la capacidad de reflexión, al despertar de las ideas a la apertura del ángulo de nuestra visión más íntima, más personal y más libre. Y algunos, incluso, por demandarlo así, porque así es como lo quieren, porque así es como les gusta. Porque así es como no les produce el menor temor, la menor incomodidad. ¿O ninguno de ustedes ha oído nunca eso de «Bueno, ya tengo yo bastantes problemas como para encima ir al teatro a que me los planteen. Yo, si voy al teatro, es a olvidarlos precisamente, a pasar un buen rato... a entretenerme.» Curiosamente suelen ser los que no van, por lo menos no habitualmente, porque para entretenerse la vida actual nos ofrece muchas y variadas posibilidades.

Bien, llegados a este punto, me gustaría hacer una parada para dejar constancia, no vaya yo a equivocarme respecto a mi postura, de que yo no reniego ni mucho menos del progreso tecnológico, espectacular en el último medio siglo —aunque sería más correcto decir en los últimos cincuenta años, puesto que hemos estrenado siglo y milenio—, espectacular progreso y que se manifiesta a un ritmo progresivo también espectacular. Ni reniego de ello, ni de cuantas ventajas pueden aportarnos las nuevas tecnologías, lo que sí me alarma mucho es que

nosotros, esos seres humanos que tenemos que manejar o someternos a ellas, tengamos el poder de utilizarlas para bien o para mal y no tengamos la capacidad de discernir entre uno y otro, ni la madurez, ni la preparación —no técnica, no; ética, humana— para saber qué hacer con ellas. En un ámbito general, seamos conscientes o no de ello cada minuto, estamos, como dice esa vieja expresión castiza, en manos de no pocos monos con una «gillette».

Pero hemos venido a hablar de Teatro. Ciñámonos, aunque sólo fuera para no dejar el asunto sin apuntar aquí hoy.

Utilicemos las nuevas tecnologías que se nos ofrecen dentro de la expresión teatral; serán un elemento más que enriquezca y amplíe el lenguaje del teatro. Cuando digo «lenguaje» es obvio que no me refiero sólo a la palabra. Yo no estoy con aquellos que dicen, hablando de primacías, que el teatro es la palabra, no. «El teatro es la palabra, la actitud, el gesto, la acción, la mirada... Todo el conjunto de una manera de expresión viva.» (F. Gómez).

Repetimos mucho, y repiten mucho desde otros ámbitos, eso del cínico espectáculo vivo, y a veces no se entiende bien todo lo que queremos expresar con ello. La diferencia con el cine, por ejemplo. Sepan Vds. que les está hablando una cinéfila empedernida. Y cuando hablo de la diferencia entre un modo de expresión y el otro no hago juicios de valor a favor de ninguno de los dos, ni en detrimento del uno ante el otro. Son dos fenómenos completamente diferentes. Los dos medios se dedican a contar historias y a influir en nosotros a través de ellos, pero ahí acaba todo. No es poco, pero ahí acaba todo. Hay sin duda una interrelación clara entre el cine y la sociedad, en el sentido de que éste se propone reflejar la realidad, tanto costumbrista como fantástica, tanto directa como onírica, y la sociedad ha ido poco a poco mirándose en él, en el cine, como para crear desde él su propia realidad, en un flujo y reflujo cada vez más estrecho y más rápido, también más inconsciente, más subliminal a veces.

Un ser humano reflejado en una pantalla no es realmente nada, más que eso, una imagen. El ser humano al que creemos ver ya no está allí, nunca estuvo allí. La técnica lo ha metamorfoseado en una especie de fantasma que aparece y desaparece a los límites de un rectángulo luminoso, más o menos grande, según sea contemplado por una media de trescientas personas sentadas en silencio en una oscura sala de proyección, o por un círculo familiar en la sala de estar de un domicilio particular en sus múltiples variantes.

Es un intérprete, aunque lo que veamos en él sea al personaje que precisamente interprete. Pero ¿su comunicación con nosotros es directa y se produce por nuestra voluntad de recibirle a él, y la suya de hacernos llegar esa comunicación? No. Nosotros estamos en un espacio de tiempo que no es el suyo; ese espacio de nuestra contemplación, pero él no está allí. Ni nos ve, ni nos percibe de ninguna manera: no nos *SIENTE*. Lo que nos ofrece —en ocasiones, una obra de arte en el más amplio sentido de la expresión— está totalmente mediatizado; y ese «fantasma», en el tiempo en que está llevando a cabo su interpretación, desconoce el resultado que mucho tiempo después podrá experimentar el espectador. Pero él solo, sin comunicación con quien lo creó. Esta es la mayor diferencia entre uno y otro. Y la grandeza del teatro: que el espectáculo teatral no sólo muestra, sino que comparte, y puedo asegurarles lo que muchos de Vds. sin duda saben: que tanto como espectadora, como en calidad de intérprete, de oficiante, he podido experimentar en carne propia, y nunca mejor empleada la expresión, esa comunión de unos con otros que se produce en algunos momentos privilegiados de la experiencia teatral. El cine, como el Teatro, son diferentes lenguajes del Arte. Pero el teatro es un Arte ceremonial por esto mismo. No es sólo un espectáculo, es una ceremonia compartida.

Por traer aquí a colación una cita importante de alguien importante citaré una frase de Havel: «la cultura —el teatro— tiene que trabajar por la dignidad de la persona como persona.» Y lo más urgente parecería concienciar a los ciudadanos de los valores que poseen como personas. Porque somos mucho más que consumidores, o productores. Somos seres que aprecian, disfrutan, se enriquecen y comparten la expresión de la fuerza espiritual del creador, del artista, no con vistas al consumo, sino a nuestro perfeccionamiento interior. Somos seres humanos, repito por enésima vez, y nos incentiva la necesidad de un desarrollo integral de la persona. O así debería ser. Y, por lo tanto, tenemos que luchar, todos, por recuperar nuestro teatro.

Hablando de citas parece imposible no recordar ahí la frase de Federico García Lorca: «Un pueblo que descuida su teatro, si no está muerto, está moribundo.»

Otra más, ésta es de Paul Valery, que siempre me hizo mucha gracia y supongo que también se la haría a él, se refiere no al teatro, sino a la política, y la define como «el arte de impedir que el ciudadano tome parte en los asuntos que le conciernen.» Yo le daría la vuelta para convertirla en lema: «Que el teatro sea siempre el arte de conse-

guir que el ciudadano esté siempre enterado de los asuntos que le conciernen y le impulse a tomar parte en ello.»

Y para terminar esta exposición un poco anárquica y que me temo puede haber decepcionado a muchos de ustedes que quizá esperasen oír hablar de modo más concreto y pragmático de los problemas de una actividad determinada, acotada y definida, diré que igual que no estoy en contra, cómo voy a estarlo, de las nuevas tecnologías, entiendo que la determinación económica, una cierta determinación económica, no es mala en sí misma. Está ahí, es útil y legítima en su ámbito. Lo perverso es aplicar los criterios de la economía a nuestros ámbitos, los ámbitos de las Artes. Es la práctica actual del capitalismo financiero: para poder especular y ser eficaces —peligrosa palabra también— se están sustituyendo a los responsables que son de la profesión y poniendo en su lugar a gestores formados en las «business schools administrations», es decir, gentes que están en el número, en el porcentaje y no en la persona.

A eso es a lo que nos tenemos que oponer. Nuestra batalla tiene que librarse desde dentro, reivindicando algo tan sencillo como que tenemos derecho a existir. Pero no sólo derecho. Tenemos la obligación de existir, se nos han conferido responsabilidades respecto a nuestros hermanos de especie, y nos toca aportar nuestro grano de arena en la lucha por un paso más de la evolución. Y lo haremos. Seguiremos como siempre hemos hecho. «Persistere in esse est» decían los aristotélicos tomistas.

Y francamente, yo creo que, además, la causa es totalmente rentable a niveles de la especie humana.

